PAEZ

Con el sol que en hierro de su lanza fulgura
Pecho y brazo desnudos de coraza y broquel,
Se destaca el guerrero por la vasta llanura
Sobre el dorso indomable de su bravo corcel.

Cual león en la selva; cual condor en la altura,
Que despliega sus alas al inmenso dosel,
Se ve en medio del llano su bizarra figura
Tras legiones dispersas en confuso tropel.

Por la ola soberbia y el peñasco sinuoso,
Por la nube de fuego del vivac, victorioso,
Reventó su galope del clarín al compás;

Y cual rayo que es muerte y es estruendo y es lumbre
Clavó el bravo llanero su pendón en la cumbre
Donde España, la heróica, no vió el suyo jamás.

JOSÉ MANUEL SAAVEDRA G.

Impresiones cartaginesas

El domingo pasado me levanté de buen humor, (cosa que no he podido todavía explicarme) me puse el flux de pontificar, y después de haber explorado concienzudamente mis bolsillos, descubrí que estaba *en fondos*. Pensé en GERMINAL, y por no se porqué capricho de la imaginación, se me ocurrió que en Cartago hallaría algo en qué entretener mi punteagudo lápiz de cronista.

Héteme ya en la *noble y leal* villa, en cuya entrada escribiría yo aquel verso de Lucrecio, del más sombrío de los poetas latinos:

Et eum perire ruinas. (Hasta las mismas ruinas han perecido!)

Empiezo á recorrer con dificultad las calles, limpias ya de escombros, donde la gente del pueblo se agrupa y se atropella; paso enfrente de una interminable fila de barracas de madera, donde se venden toda clase de legumbres y cereales, y llego al Parque. Está desierto.

Entonces, pienso en la Virgen y me voy á la Iglesia de los Angeles. Contemplo con tristeza esos muros fuertes y enormes que dislocó el terremoto y en cuyos flancos la dinamita ha abierto brechas insignificantes. Examino desde lejos esos fragmentos de torres que parece que ya van á caer, ese techo que está por venirse abajo, y no puedo menos de sonreirme al leer en el frontis-